

**Bosquejo de los mensajes
para el entrenamiento de tiempo completo
del semestre de otoño del 2007**

TEMA GENERAL: LOS CREYENTES

Mensaje veintidós

**Su pasado: la intención de Dios al crearnos,
el complot de Satanás para que caigamos
y la solución que Dios dio en Su promesa**

Lectura bíblica: Gn. 1:26; 2:7-9; 3:1-7, 15; 12:7-8; 14:18

- I. La intención de Dios al crearnos era que nosotros fuéramos un vaso de Dios, o un recipiente que contuviera a Dios, y tuviera la imagen de Dios para la gloria de Dios; esto se efectuaría mediante la impartición divina de Dios, la cual lleva a cabo la economía eterna de Dios y logra la meta más grandiosa de hacernos la obra maestra de Dios—Gn. 1:26; 2:7-9; Is. 43:7; 2 Co. 4:7; Ro. 9:21, 23; Ef. 2:10; cfr. Dn. 5:23:**
- A. La imagen de Dios es Cristo, así que el hombre fue creado como un vaso conforme a Cristo a fin de contenerle; si el hombre no contiene a Cristo como su tesoro, no será más que una absurda contradicción—Col. 1:15; 2 Co. 4:7; Ec. 1:2, 14.
 - B. Debido a que el hombre fue creado para que se cumpliera la intención original de Dios, él inconscientemente desea a Cristo, el Deseado de todas las naciones—Hag. 2:7.
 - C. Puesto que todas las cosas fueron creadas en Cristo (en el poder de Su persona), por medio de Cristo (como el instrumento activo), y para Cristo (para Su posesión), y puesto que todo el universo creado se conserva unido en Cristo, la creación declara a Cristo, como Aquel que es la gloria de Dios, al exhibir Su eterno poder y Sus características divinas—Col. 1:16-17; Sal. 19:1-2; Ro. 1:20-21, 25; Hch. 14:15-17; 17:23-31.
 - D. El propósito de Dios —el cual está escondido en Su corazón— al crear al hombre era llevar a cabo Su economía eterna, Su plan eterno, que consiste en impartirse a Sí mismo, en Su Trinidad Divina, en la “trinidad humana” del hombre, de modo que Sus atributos divinos se pudieran expresar por medio de las virtudes humanas del hombre para la gloria eterna de Dios—Job 10:13; Ef. 3:9; 1 Ts. 5:23:
 - 1. El propósito de nuestro espíritu es que tengamos contacto con Dios—Jn. 4:24; Gn. 2:7; cfr. Jn. 20:22; 2 Ti. 3:16.
 - 2. El propósito de nuestra alma es que expresemos a Dios—2 Co. 3:18; Fil. 1:8; 2:5, 13.
 - 3. El propósito de nuestro cuerpo es que glorifiquemos a Dios—1 Co. 6:20; Fil. 1:20; 3:21.
 - E. Dios, Aquel “que habita la eternidad”, creó al hombre con un espíritu humano para que viera a Cristo como la visión de la eternidad, viviera a Cristo como la vida de la eternidad y ministrara a Cristo como la obra de la eternidad—Gn. 2:7; Pr. 20:27; Zac. 12:1; 2 Ti. 4:22; 1 Co. 6:17; Ef. 1:17; 2:22; Ro. 1:9; Is. 57:15; 66:2:

1. La función de la conciencia nos permite conocer lo que Dios justifica y lo que Él condena, y también lo que es vida y lo que es muerte—Ro. 2:15; 9:1; 8:16; He. 9:14; 10:22; Hch. 24:16; 2 Ti. 1:3.
 2. La función de la comunión hace posible que tengamos contacto con Dios, le adoremos y tengamos comunión con Él—Jn. 4:24; Ef. 6:18a; Ro. 1:9.
 3. La función de la intuición es que obtengamos un sentir directo de Dios y un conocimiento directo de Él, sin importar la razón o las circunstancias—Mr. 2:8; 1 Co. 2:11; 2 Co. 2:12-14; Ro. 8:6; cfr. Cnt. 7:4.
- F. Dios puso eternidad en el corazón del hombre; eternidad es “un sentido de propósito que Dios ha implantado, el cual ha operado a través de los siglos y el cual nada bajo el sol ha podido satisfacer sino únicamente Dios”—Ec. 3:11 (*Amplified Bible*); Sal. 73:25-26:
1. Nuestro corazón está compuesto de todas las partes de nuestra alma —mente, parte emotiva y voluntad (Mt. 9:4; He. 4:12; Hch. 11:23; Jn. 14:1; 16:22)— más una parte de nuestro espíritu, la conciencia (He. 10:22; 1 Jn. 3:20).
 2. El propósito de nuestro corazón es que éste sea lleno del amor eterno de Dios, el corazón de Dios, a fin de que amemos a Dios para que seamos mezclados con Él y formemos una incorporación junto con Él—Jer. 31:3; Mr. 12:30; Jn. 14:23; cfr. 2 S. 9:1-13.
 3. Ejercitar el espíritu funciona únicamente cuando nuestro corazón está activo; si el corazón del hombre es indiferente, el espíritu queda encarcelado dentro de él y no puede dar a conocer su capacidad—1 P. 3:4; Mt. 5:3, 8; Ez. 36:26; Sal. 78:8; Ef. 3:16-17.
 4. El corazón es por donde la vida divina entra y sale, por ende, es el “interruptor” de la vida; si el corazón no es correcto, la vida que está en el espíritu se verá estorbada, y la ley de vida no podrá operar libremente y sin impedimentos, y por ende, no podrá extenderse a todas las partes de nuestro ser; aunque la vida tiene un inmenso poder, este poder es controlado por nuestro pequeño corazón—Pr. 4:23; Mt. 12:33-37; cfr. Ez. 36:26-27.

II. El complot de Satanás, según se ve en la caída, era arruinarlos y usurparlos para frustrar que Dios llevara a cabo Su propósito en nosotros—Gn. 3:1-7, 24; 1 Jn. 3:8; Jn. 8:44:

- A. Satanás se acercó a la mujer por medio de acudir a su mente, con lo cual logró que la mente humana dudara de la palabra de Dios; además de esto, incitó la parte emotiva humana para que sintiera aversión hacia Dios; y sedujo la voluntad humana para que escogiera el árbol del conocimiento; de esta forma, Satanás infundió su pensamiento maligno, sentimiento y voluntad en la mente, parte emotiva y voluntad del hombre, y así contaminó toda su alma—Gn. 3:1-7.
- B. En el proceso de la caída del hombre, el hombre fracasó al no usar su espíritu para tener contacto con Dios, y de ese modo no tuvo en cuenta a Dios y lo puso a un lado; en vez de ejercitar su espíritu, ejercitó su alma al razonar en la mente con la serpiente, al desear con su parte emotiva el árbol del conocimiento y al decidir con la voluntad tomar el fruto y comerlo—v. 6; cfr. 2 Co. 10:3-5.
- C. Satanás como pecado entró en el cuerpo humano para ser el mal que está en la carne del hombre (Ro. 5:12; 7:17-18a, 21, 23), y alejó al hombre de Dios al amortecer el espíritu del hombre (Ef. 2:1, 5, 12; 4:18).

III. La solución que Dios dio en Su promesa era que vendría en Cristo como la simiente de la mujer para herir la cabeza de la serpiente, la cual había causado tanto daño—Gn. 3:15:

- A. La simiente de la mujer es el Cristo encarnado, el Dios completo que al impartirse a Sí mismo en la humanidad llegó a ser un hombre perfecto, a fin de destruir a Satanás y salvar a los creyentes en Cristo del pecado y de la muerte—Is. 7:14; Mt. 1:20-21, 23; Gá. 4:4; He. 2:14; Jn. 12:24; 19:34; 1 Co. 15:53-57.
- B. Al final, la simiente de la mujer es agrandada para incluir a los creyentes vencedores, los más fuertes de entre el pueblo de Dios, quienes son representados por el hijo varón; el Señor como el Vencedor que va adelante es la Cabeza, el centro, la vida y la naturaleza del hijo varón, y el hijo varón, los vencedores que le siguen, son el Cuerpo del Señor—Ap. 12:5-9; 3:21; 1 Co. 12:12.
- C. Si queremos llegar a ser la simiente corporativa de la mujer, debemos responder a Él en Su ministerio celestial de intercesión—He. 7:25:
 - 1. La intercesión gloriosa que Abraham hizo delante de Dios fue la conversación íntima y humana entre dos amigos, una plática íntima en la que se reveló el deseo que Dios tenía en Su corazón—Gn. 18; Ro. 4:12; 2 Cr. 20:7; Is. 41:8; Jac. 2:23; 1 Ti. 2:1, 8; Is. 59:16.
 - 2. Mientras Abraham disfrutaba una comunión muy placentera con Dios, recibió de parte de Dios una revelación en cuanto al nacimiento de Isaac y la destrucción de Sodoma—Gn. 18:9-22:
 - a. Esto muestra que la intención de Dios es forjar a Cristo (el verdadero Isaac) en nosotros, dar a luz a Cristo por medio de nosotros, y destruir la “Sodoma” que está presente en nuestra vida familiar, nuestra vida laboral, nuestra vida cristiana y nuestra vida de iglesia—Gá. 1:15-16; 2:20; 4:19; 1 Co. 5:8; Ro. 5:17.
 - b. En nuestra comunión íntima con Dios recibimos la revelación de que todo lo imposible llega a ser posible con Cristo—Gn. 18:14; Lc. 18:27.
 - 3. Al participar en la vida intercesora de Cristo, llevamos una vida de fe: la vida caracterizada por el altar y la tienda, para “pelear por el hermano”—Gn. 12:7-8; 13:3-4; 14:13-18:
 - a. El propósito de un altar es adorar a Dios, ofreciéndole todo lo que somos y tenemos para Su propósito; morar en una tienda significa que en esta tierra llevamos la vida de un peregrino—Sal. 43:4; 84:3; 1 P. 2:11; He. 11:8-10.
 - b. El ministerio apostólico en cooperación con el ministerio celestial de Cristo “pelea por el hermano” al interceder por los santos según Dios y Su economía, y al ministrar al Dios procesado en los santos para que obtengan el suministro que los lleva a vencer y para su disfrute—7:25; 8:2; Jn. 21:15-17.